

Las catedrales de Norteamérica

Antonio Machado Carrillo



NO cabe duda que a los humanos nos gusta comparar. Los del barrio de arriba con el barrio de abajo, el coche del vecino, con el nuestro, y así, sucesivamente, de lo más ínfimo, hasta las más exóticas manifestaciones de la idiosincrasia de los pueblos.

El por qué de este aparente popular depòrte, yace, sin lugar a dudas, en algún recòndito recoveco de nuestra propia naturaleza. Es la continua confrontación con lo ajeno, de donde surge el relativo valor de lo propio. Es además, en cierta medida, un sutil sistema de microestabilidad, de manera que, si algo o alguien resulta manifiestamente mejor a lo nuestro, este balancín subliminal encontrará muy pronto algo en que le superemos, y así, paz y gloria en nuestro ego. Porque es ley natural que a nadie le guste ser menos.

He hecho estas observaciones porque lo que a continuación relato puede muy bien estar relacionado con estas sutilezas. Tampoco es muy importante, que se diga.

Parece que hace ya algún tiempo surgió en Europa, la Vieja Europa, un antiamericanismo bastante acusado, o anti-yanquismo, para ser más correctos. Razones para explicar este fenómeno las hay varias. El llamado imperialismo norteamericano es una. La sobredosis de «american way of life» supongo que habrá sobresaturado a cualquier hijo de buen vecino, la producción de «telefilmes» que nos llega, otro tanto, la hipocresía epopéyica de los pieles rojas, y así, hasta donde ustedes quieran.

Sin embargo, cada vez me convenzo más, que gran parte de esta fobia o rechazo de consenso no es más que una simple envidia camuflada. Porque, a mi siempre aburrido entender, lo que nos fastidia a los europeos es que a este pueblo lechusino le vaya bien, les vaya bien solos, y, para colmo, incluso nos ayudaran en la Segunda Guerra Mundial.

Por eso hoy en día no es raro oír «remates compensatorios» a cualquier éxito o mera afabanza que se haga a los norteamericanos. Que el Columbia llegó sin problemas, ya, pero tú, si es que visten que es un desastre; pues se beben el vino como si fuera coca-cola; es que son como niños (subimos un poco los hombros, ladeamos apenas la cabeza, se levantan las cejas, y ponemos cara de perdón y desconsuelo).

Precisamente en esta línea es donde encaja mi historia de hoy. Me contaba ya cierto tiempo un buen amigo, hombre culto y a lo Unamuno, que había estado visitando la costa sureste de Estados Unidos. Allí en no sé qué Algotown encontró un pequeño fuerte español sobre un promontorio de la bahía. Era un fuertucho pobretón, me decía, con apenas cuatro muros y una docena de cañones. Los españoles lo construyeron para defender la bahía, pero amigo, lo que es digno de verse es lo que han montado los americanos alrededor. Es un National Historical Mo-

nument (voz engolada) y hay lo menos diez personas trabajando allí, entre director del fuerte, jefe de visitas, intérpretes, historiadores y demás gaitas. ¡Qué barbaridad!

Cuando pienso —continuaba— que en cualquier pueblucho perdido de España están las ruinas del Castillo de San Cual, donde doña Jimena (vuelve la voz engolada) se acostó con el hijo bastardo del Rey, que luego apuñaló al valido de no se quién... Es que no tienen Historia, los pobres.

Y es verdad. Los yanquis no tienen Historia y por eso se pirrian por cualquier cosa que suene a tal o tenga unas cuantas décadas. Y no digamos de los «Aquí durmió George Washington». Esta, señores, qué es la mejor excusa para los perdonavidas en que a menudo nos convertimos; es la que quiero poner en entredicho. No la Historia, que evidentemente no la tienen, sino la validez de nuestra excusa.

En Europa, o en España, por poner un ejemplo, nos sobra Historia. La tenemos en la sopa, y apostarí a que más de un capitel romano debe estar reforzando las paredes de algún goro de cabras. Y como grandes símbolos de la Vieja Europa, ahí tenemos las magníficas catedrales, Rheims, Strassbourg, Milán, Burgos, Köln, para entregar en las narices de cualquier lechusino.

En USA, Historia no, pero hay otras cosas que a mi me imponen mucho. Hay Naturaleza para emboñarse, lógico por otra parte, en un país que está aún sin usar. A los yanquis les sobra Naturaleza. Allí, los Parques Nacionales no son lo que queda de Naturaleza, sino simplemente, una parte de.

Ahora es cuando debemos comparar y hacer balance. Nosotros nos lisonjamos de los objetos históricos de los yanquis, y yo sinceramente, me pregunto con qué ojos o comisura de labios deberían contemplar ellos nuestro depauperado solar europeo, donde incluso el caballo de Atila ha llegado a ser todo un personaje.

¿Qué hacen los norteamericanos con su mucha Naturaleza? (Mantenerla). Y, ¿qué hacemos nosotros con nuestro exceso de Historia? ¿Qué hacen ellos con su poca Historia? (Idolotrarla). Y, ¿qué seguimos haciendo aquí con nuestra escasa Naturaleza? Más vale correr un estúpido vélo sobre este asunto.

Creo que la moraleja de todo este relato es fácil de inferir. La corta Historia de los yanquis es Su Historia, y debemos respetarla como tal. Nuestra esmirriada Naturaleza es lo que nos queda, pero al fin y al cabo, Nuestra Naturaleza, y debemos émpezarnos por respetarla nosotros, que ellos ya lo hacen.

Si algún día vamos a enseñar una postal de Notre Dame a algún norteamericano, no se la plantemos a la altura de la nariz. Tal vez resulte que en el sello viene una foto del Gran Cañón, o de Yellowstone, alguna de las Catedrales de Norteamérica. Al César, lo que es del César, y aquí paz y en el bar gloria.